

viados desde su campo, le avisaron la prisa que se daban los de Cholula en sacar las mujeres, los niños y cuanto podia embarazar en una funcion de guerra, a lo que posteriormente se añadió la declaracion formal de la trama que una de las vecinas hizo a la celebre doña Marina con el objeto de salvarla. Entonces Cortes determinó ejercer un acto ruidoso de venganza; mas antes procuró tener algunas prendas que lo asegurasen en un reves, y para esto hizo llamar a los principales vecinos de la ciudad, de los cuales se presentaron bastantes. Cuando ya los tuvo reunidos en numero considerable, dispuso su fuerza compuesta de Españoles y Zempoales, y dió orden a los Tlascaltecas de que a una señal convenida avanzasen sobre la ciudad. Todo se ejecutó como lo tenia dispuesto, pues saliendo el de improviso de su alojamiento cayó sobre la multitud desprevenida al mismo tiempo que los Tlascaltecas cerraron por la espalda: la mortandad fué horrorosa y los templos con otros edificios de los mas notables a donde se refugiaron los perseguidos fueron todos incendiados y saqueados.

Dos dias duró esta escena de muerte y desolacion en la que perecieron mas de seis mil personas, y la barbarie con que se ejecutó fué tal, que el gobierno español no pudo desentenderse de ella, e hizo que se abriese una informacion judicial para averiguar y poner en claro la realidad, medios y fines de la

conspiracion que la provocó. Como quiera que sea, aunque la felonía de que usaron los de Cholula sea uno de los mayores delitos segun las leyes de la guerra, y estas autoricen a los generales de los ejércitos para castigarla severamente, el castigo, cuando la conspiracion está descubierta y frustrada, como sucedia en el caso, debe recaer sobre los principales culpados y no sobre la masa del pueblo, de lo contrario no puede libertarse de la nota de escesiva y atroz. Como Cortes ejercia estos actos de ferocidad mas bien por calculo que por inclinacion, mandó cesar la mortandad y esterminio luego que se persuadió se habia hecho lo bastante para intimidar a Moctezuma y a cuantos pretendiesen sorprenderlo en lo sucesivo; en seguida puso en libertad a todos los que tenia presos, intimandoles hiciesen venir a la ciudad a los que la habian abandonado; y aunque en el orden comun no era de presumirse que el suceso correspondiese a la invitacion, el ascendiente de Cortes era tal que en pocos dias la ciudad se repobló, y los habitantes volvieron a sus ocupaciones ordinarias.

Los gefes principales de la conspiracion que se habian logrado aprender, cuando fueron reconvenidos e interrogados sobre los motivos y fines de ella, confesaron de plano que todo habia sido obra del gobierno de Mejico. Sin embargo Cortes se hallaba resuelto a hacer la guerra al emperador de Mejico

del mismo modo que el se defendía, es decir sin comprometer su nombre; afectó no dar crédito a lo que se le decía, especialmente cuando se presentaron a disculparlo los embajadores de Moctezuma, quien instruido del hecho, no tuvo otro arbitrio que apresurarse a negar su complicidad en él.

Vencido ya este obstáculo, el ejército emprendió su marcha para la capital con más seguridad, pero con mayores precauciones. Cortés fué recibido y agasajado en todos los puntos del tránsito por los subditos de Moctezuma, y advirtió no sin grande satisfacción que el disgusto con su gobierno no era esclusivo de las fronteras y pueblos recién conquistados, sino que existía en el corazón del imperio, tan débil por los principios de su constitución como próximo a su ruina por la división de sus fuerzas. En el camino no se encontraron sino tropas de Mejicanos desarmados y pacíficos, atraídos por la curiosidad de ver y conocer a los Españoles, y la voz *teules*, (dioses) repetida con frecuencia, se escuchaba con agrado e interés por ser una garantía de la propia seguridad. Desde las alturas reconoció Cortés la posición ventajosa de la ciudad para impedir la salida de un enemigo que con fuerzas reducidas como las suyas hubiese llegado una vez a entrar en ella, pues aislada dentro de una laguna que solo comunicaba con el continente por tres calzadas, el que quisiera abrirse paso por ellas a viva

fuerza, no solo se hallaba espuesto a los ataques de un frente y retaguardia muy reducidos, sino tambien a los de flanco, y podia ser envuelto con mucha facilidad. Tan fundadas consideraciones no lo hicieron vacilar, cerró los ojos y se metió en el peligro, fiado solamente en su fortuna y valor. Moctezuma salió a recibirlo con todo el aparato que era propio de los actos más públicos y solemnes de su imperio, y después de los reciprocos cumplimientos, el ejército español se alojó en uno de los más grandes palacios de la ciudad dentro del cualcupo todo.

Aquí tenemos ya a Cortés dentro de Mejico rodeado de mayores peligros que los que habia logrado superar, y embarazado hasta lo sumo porque los pretestos dados para su venida iban a desaparecer con ella. Introducido de paz en la capital, y confinado en un rincón de ella, se hallaba por todas partes rodeado de las fuerzas del imperio, cuyo jefe podia tomarse todo el tiempo necesario para disponerlas sin que lo percibiese el ejército español a fin de caerle de sorpresa y acabar con él de un golpe.

Las comunicaciones con Tlascala y Veracruz, únicos puntos de refugio, y de donde podia esperar algún auxilio, debieron considerarse cortadas e interrumpidas; y concluida la misión o embajada de que Cortés se suponía ministro, desaparecian los pretestos hasta allí alejados para mantenerse en el país, especialmente si los Mejicanos, mantenien-

dose en un estado pacífico, no los ministraban para romper con ellos en una guerra abierta. Los primeros días se pasaron en recibir y corresponder las visitas de Moctezuma. Este príncipe confirmó a Cortes las noticias que ya tenía de una tradición generalmente recibida entre los Mejicanos, de que los descendientes de uno de sus antepasados que había ido a establecerse al Oriente vendrían, andando el tiempo, a Mejico a gobernarlo y a reformar su constitución y leyes. Moctezuma aparentó reconocer en los Españoles los hombres que se esperaban, y el conquistador, como era de creerse, partiendo del mismo principio, no perdió la ocasión de darse importancia y hacer valer en su favor los derechos que a virtud de semejante tradición se reconocían en él. Habló con el más profundo respeto de su rey, ponderó la grandeza de su poder y la extensión de sus dominios, y concluyó por la esplicación de las miras benéficas que tenía sobre el imperio de Mejico, y las inmensas ventajas que este reportaría de su alianza.

En una negociación entablada por ambas partes de mala fe y con el único objeto de ganar tiempo, todo fué vago, reservándose cada una de ellas para lo sucesivo tomar el partido que le conviniese o indicasen las circunstancias. Cortes, bajo el pretexto de satisfacer la curiosidad tan natural a todo viajero, pero con las miras reales de proveer a su seguridad o facilitar una retirada si llegase a ser necesaria; no solo

recorrió con ojo militar toda la ciudad, sino que procuró imponerse de los hábitos, costumbres y preocupaciones del país, de sus fuerzas, recursos, modo de defenderse y combatir, en una palabra de cuanto era o podía estimarse conducente a su objeto. Por su talento comprensivo, logró encargarse de todo en pocos días, y de necesidad entró en una inacción que no podía conformarse con su carácter vivo y emprendedor. El embarazo de semejante situación se habría prolongado aun por mucho tiempo si no hubiese venido a terminarlo la noticia de un reves acaecido en la guarnición de Veracruz. Mientras Cortes caminaba para Mejico, los Zempoales se quejaron al capitán Juan de Escalante de las estorsiones que les hacía sufrir Qualpopoca, general de Moctezuma, por haberse hecho subditos de la corona de Castilla y reusado a pagar los tributos al emperador de Mejico. El gobernador creyó que sin faltar a sus deberes no podía abandonar la causa de sus aliados; pero, en consonancia con las ideas de Cortes, empezó por tentar los medios pacíficos, que como era de presumirse no tuvieron otro efecto que poner la justicia de su parte.

Desatendidos sus reclamos e insultado por el general mejicano, salió a campaña con dos mil Indios aliados y poco más de cuarenta Españoles. Una derrota campal que sufrieron los Mejicanos y el incendio de un pueblo a que se habían refujia-

do, fué el resultado de esta jornada; mas la victoria se compró bien cara pues salieron mal heridos algunos Españoles, entre ellos el gobernador que murió a pocos dias, y lo peor de todo fué que hicieron un prisionero, cuya cabeza, despues de haber sido asesinado, fué paseada en triunfo por las principales ciudades sujetas a Moctezuma, y presentada como una prueba decisiva de que los Españoles no eran inmortales.

Sintió Cortes, como era de creerse, la perdida de los Españoles, y mas que todo la del credito de inmortales que se habian ganado en la opinion popular. Mas este incidente, adverso bajo un aspecto, le fué muy favorable bajo otros, pues le ministró motivos o pretestos honrosos para salir de la inaccion en que se hallaba, y dar uno de aquellos golpes de atrevimiento y arrojo, que solo dejan de admirarse por ser tan comunes y frecuentes en la historia de esta conquista. Concibió pues el proyecto de apoderarse de Moctezuma y tenerlo prisionero en el cuartel de los Españoles dentro de su misma corte; mas no atreviéndose a dar un paso de tan peligrosas consecuencias sin el acuerdo de sus capitanes, los reunió con el objeto aparente de consultarles, pero en la realidad sin otro fin que el de persuadirles la necesidad y conveniencia del proyecto. Si en otras circunstancias hubiera sido enteramente desechado y reconocido unánimemente por temera-

rio o impracticable, en las apuradisimas en que se habia metido el ejercito español no le fué difícil a Cortes persuadirles que no les quedaba otra aldaba de que asirse, ni otro partido a que atenerse. La desesperacion hizo que se adoptase, como medio unico para salir de esta situacion apurada, el arresto del emperador, y despues de haber tomado todas las precauciones necesarias para asegurar el éxito, se procedió a ejecutarlo. Cortes, con su acompañamiento ordinario pero compuesto de sus principales capitanes, se dirigió a palacio donde fué recibido con las muestras de cordialidad acostumbradas y las atenciones de estilo; mas luego que se halló solo con los Españoles en presencia de Moctezuma, desapareció de su semblante aquel aire de sumision y respeto con que siempre lo habia tratado, y revestido de toda la severidad de un quejoso que viene a pedir satisfaccion por sus agravios y puede apoyar su demanda con la fuerza, le reconvinó por haber roto traidoramente la paz con los Españoles y haber hecho degollar un prisionero de guerra, le hizo cargo del silencio malicioso que sobre esto habia guardado con el, y de todos los incidentes que probaban en el jefe del gobierno de Mejico una conducta cautelosa y solapada para sorprenderlo, y hacian evidente su complicidad; ultimamente acabó por pedir una satisfaccion ruidosa y proporcionada al tamaño de la ofensa.

Moctezuma que no estaba preparado para un lance semejante quedó altamente sorprendido de la demanda y sobre todo del orgullo y satisfaccion con que se hacia. Los impulsos de la colera y los remordimientos de una conciencia delincuente ajitada por el temor, se sucedian sin intermision en su espiritu, mientras Cortes hablaba; mas no teniendo tiempo para dar una respuesta pensada, se decidió a disculparse y a dar la satisfaccion que se le pedia, contrayendola a mandar se trajese preso a Qualpopoca a su presencia y ofreciendose a castigarlo. Fué admitido el ofrecimiento, pero Cortes no era hombre que se contentaba con palabras, ni puesto ya en el camino, dejaba de llegar al termino: no creyó pues que debia dejar perder las ventajas que su resolucion le habia hecho adquirir sobre Moctezuma, y antes de que pudiese salir de su sorpresa le hizo entender que los Españoles no se darian por satisfechos ni seguros mientras no se resolviese a vivir entre ellos, y cortar por este medio de un golpe todos los motivos de desconfianza que les habia causado la conducta de Qualpopoca. Tan estraña como insultante proposicion hizo estallar la colera de Moctezuma, y entonces se entabló un dialogo muy animado por su parte, y muy calmado por la de Cortes, Moctezuma se negó redondamente a constituirse prisionero de los Españoles, y Cortes se esforzó en probarle que no debia considerarse co-

mo tal, por solo el hecho de alojarse en un cuartel que era palacio suyo y habia sido habitacion de sus mayores. La conferencia se alargaba sin adelantar un paso, por la resistencia del monarca y la inflexibilidad del general español, y la posicion de este se hacia cada momento mas dificil, pues ni podia volver atras ni llevar al cabo la empresa. El capitán Juan Velasquez de Leon, hombre de caracter muy fogoso y que se hallaba presente, perdió por fin la paciencia, y en un raptó de furor espresado con todo el descomedimiento de un militar, exclamó que era necesario apoderarse del emperador vivo o muerto.

El movimiento que notó Moctezuma y la espliacion que de el le hicieron los interpretes, lo aterró completamente y produjo en el la sumision que Cortes buscaba sin fruto por otros medios. Temeroso de que los Españoles se propasasen a cometer en su persona el atentado que provocaba uno de ellos, mandó llamar a sus familiares, les previno hiciesen saber a sus subditos que por su libre y espontanea voluntad habia resuelto trasladar por algunos dias su habitacion al alojamiento de los Españoles, mandó traer preso a Qualpopoca e impuso pena de muerte a todo el que intentase sublevar la multitud so pretesto de libertarlo. Cuando trascendió por la ciudad la resolucion de la corte, la alarma se difundió rapidamente por todas las clases

de la sociedad, y sus resultados habrian sido funestos a los Españoles, si el pueblo de Mejico hubiese tenido otra idea de sus obligaciones politicas que la de una sumision absoluta o ilimitada a la voluntad del monarca. Asi es que la alarma no tuvo otro efecto que el de la sorpresa y admiracion de ver a su emperador tan orgulloso por caracter, humillarse hasta el grado de dejarse conducir preso, y sometido a la inspeccion y vijilancia de unos aventureros.

Cortes, luego que obtuvo el consentimiento de Moctezuma para trasladarse al cuartel de los Españoles, varió enteramente de tono y volvió a prodigarle todos los actos de sumision y respeto que habia hecho cesar momentaneamente por el tiempo que duró la intimacion: hizo que se trasladase y fuese alojado con todo el aparato y suntuosidad correspondiente a su dignidad, y previno a los soldados se condujesen con él de modo que nada tuviese que desear en los actos de miramiento y respeto a que estaba acostumbrado. Ademas no se le puso obstaculo ninguno al ejercicio de su autoridad, ni se intervino en el de un modo ostensible, dejandolo obrar a su arbitrio en las cosas de poca importancia, y procurando diestramente que por sí mismo y sin que hubiese precedido invitacion consultase las de mayor interes con el general español. Moctezuma que nada de esto esperaba y que por otra

parte era mas apegado a los aparatos de la soberania que a la realidad de su ejercicio, se llegó a familiarizar con la prision de modo que no dió que hacer ninguno a los Españoles, y Cortes por este medio se procuró mil seguridades que en vano habria tentado por otros, pues logró gobernar el imperio sin contradiccion ninguna y tomarse todo el tiempo que fuese necesario para adquirir las noticias que pudiesen importarle, y preparar cuanto pudiese conducirlo al termino de su empresa.

Cuando Qualpopoca estuvo en Mejico, Moctezuma lo puso a disposicion de Cortes, e interrogado que fué por su conducta dió por descargo las instrucciones de su señor, un consejo de guerra que lo juzgó no hizo aprecio ninguno de ellas declarandolas supuestas, y lo condenó a perecer en la hoguera con algunos otros de su familia. La sentencia se ejecutó con la misma precipitacion que se habia dictado, y la presenció un numeroso pueblo que, abatido bajo el yugo de un despota, no se atrevió a impedir ni aun desaprobado lo que su señor permitia. Este acto horrible de barbaras represalias fué acompañado de otro de desacato que se ejerció en la persona del monarca. Cortes que deseaba por actos repetidos de atrevimiento y firmeza sentar su reputacion de superioridad sobre la dignidad imperial acatada hasta el grado de supersticion por los Mejicanos, quiso tentar por esperiencia hasta que punto po-

dria contar con el sufrimiento de Moctezuma, y se resolvió a ensayar el acto mas humillante para su persona y dignidad. Mientras se ejecutaba a Qualpopoca se presentó en la habitacion del emperador, le hizo cargo de que su general lo condenaba, atribuyendo a ordenes suyas la conducta que habia observado con los Españoles, y cuando vió pintados en su semblante los efectos del terror, mandó a un soldado que a prevencion llevaba unos grillos y otros instrumentos destinados al castigo de los delincuentes, se los pusiese en el acto, como se verificó. La pusilanimidad y cobardía que manifestó Moctezuma al sufrir tamaño ultraje, las muestras serviles de gratitud acompañadas de una alegría indecente cuando este se hizo cesar, y mas que todo la estúpida admiracion y cobarde quietud con que los Mejicanos vieron perecer un general cuyo unico delito consistia en haber dado algunos pasos para sostener la dignidad e independenciam de su nacion, dió a Cortes el resultado que buscaba, es decir, le manifestó hasta que punto podia contar con el sufrimiento de los Mejicanos y de su monarca. Despues de lo que habia pasado conoció practicamente que todo lo podia sobre un rey tan degradado, y sobre un pueblo, aunque valeroso, tan servilmente educado.

Por entonces no se creyó necesario intentar mas, y corrieron seis meses en perfecta tranquilidad,

sin actos de violencia por parte de los Españoles ni de resistencia por la de los Mejicanos. Esto no quiere decir que Cortes se entregó a la ociosidad; muy al contrario nunca trabajó mas ni con mejor éxito: adquirió conocimientos importantes sobre las localidades, los medios de ataque y de defensa, y los puntos de escala y de refugio en una retirada: se impuso a fondo de los usos, costumbres y preocupaciones del pais, y del modo de hacerlos servir a su intento. Pero en lo que trabajó con mas fruto y teson fué en causar todos aquellos cambios, que le eran necesarios, valiendose para todo del inmenso ascendiente que ejercia sobre Moctezuma. Desde luego se guardó bien de hacer nada que pudiese ni aun remotamente interpretarse contrario a la constitucion del imperio ni a la libertad del monarca, aquella se respetó como sagrada, y de esta se dieron todas las aparentes seguridades a que daba lugar la buena intelijencia que reinaba entre el y los Españoles, y el empeño con que Moctezuma se esforzaba a persuadir que su residencia entre ellos era obra solo de su eleccion.

Como por otra parte sus ministros y domesticos vivian y estaban con el sin oposicion alguna, como desempeñaba sin obstaculo todas las funciones del gobierno, salia cuando le parecia conveniente, y se alejaba hasta donde queria, finalmente como no se advertia ninguna variacion sensible en nada, los

Mejicanos llegaron a familiarizarse con este estado de cosas; mas Cortes sin ocuparse de menudencias iba separando muy poco a poco de los puestos publicos a cuantos podian ser obstaculo a sus designios, y llenandolos con los que le eran adictos o tenian tan poca capacidad que no inspiraban temores. Entre las cosas que mas cuidado dieron a este gefe y que jamas podia separar de su imaginacion, una de ellas era la dificultad de la retirada en un reves, por la facilidad de cortar las calzadas, unico medio de salir de la ciudad. Se propuso pues, el construir algunos bergantines que lo hiciesen dueño de la laguna, pero la dificultad estaba en hacerlo de modo que los Mejicanos no llegasen a sospechar el verdadero objeto de esta medida. Procuró pues escitar la curiosidad de Moctezuma, y lo hizo de modo que este monarca solicitó vivamente lo que Cortes deseaba mas que el; inmediatamente se hizo venir de Veracruz la jarcia, clavazon y velamen que se habian reservado despues de la destruccion de las naves, y se construyeron dos pequeños buques que fueron la admiracion de todos por su maniobra y la rapidez de sus movimientos. Mucho era lo que Cortes habia avanzado si se consideran los pasos por donde llegó a hacerse dueño del gobierno de Mejico, y los debiles medios que lo condujeron a este termino; sin embargo su obra estaba todavia en el aire, y era necesario multiplicar los titulos que

justificasen, aunque fuese en la apariencia, una guerra inevitable.

Cuando llegó a creer que su ascendiente sobre Moctezuma y la deferencia de los Mejicanos a su voluntad se habia fortificado por el habito y la costumbre de obedecer, y por la idea de una superioridad indisputable y de una fuerza invencible hasta entonces no desmentida, se determinó a dar el ultimo paso que debia poner en sus manos todos los titulos legales a la posesion del imperio de que pretendia hacerse dueño. Propuso pues a Moctezuma que se hiciese subdito y tributario del rey de España. Este monarca, aunque abatido y humillado, no pudo oír sin grande disgusto semejante proposicion; mas aunque su semblante lo manifestaba, el respeto que le imponia Cortes hizo que las palabras de enojo en que iba a prorumpir espirasen en sus labios. No se atrevió pues a desechar lo que se le proponia, pero pidió esplicaciones, y cuando por estas se le aseguró de que todo estaba reducido a pagar un tributo anual y a guardar una fidelidad que no parecia incluir ninguna cosa determinada, se resolvió a hacer con menos disgusto lo que se le pedia, dejando al tiempo y a lo que de sí diesen las circunstancias el cumplimiento de lo estipulado. Convenido con Cortes en lo que se habia de hacer, convocó una asamblea de los grandes de su imperio. En ella, a pesar de hallarse prevenido para el caso, dió



muestras del mas profundo sentimiento al anunciar el objeto que la motivó. Con una voz entrecortada y balbuciente, acompañada de lagrimas mal reprimidas, anunció a sus nobles que era llegado el tiempo predicho por las tradiciones del imperio, en el que aparecerian viniendo del oriente los descendientes de sus mayores a recibir los homenajes y sumision de los Mejicanos; que a el no le cabia la menor duda que los Españoles eran esos hombres tan largo tiempo esperados; que por lo mismo, conformandose con la voluntad de los dioses, se hallaba resuelto a constituirse tributario y subdito del rey de España y esperaba de ellos estuviesen conformes con su voluntad.

Un murmullo sordo de desaprobacion que se hizo escuchar por todos los angulos del salon hizo conocer a Cortes el disgusto de los concurrentes y la necesidad de conjurarlo. Asi es que inmediatamente tomó la palabra y espuso que no se trataba de despojar a Moctezuma ni menos hacer variacion alguna en la constitucion y estatutos del imperio; que los Españoles lejos de venir con el designio de destruir lo que existia, no traian otro que el de perfeccionarlo, haciendoles conocer los adelantos de la Europa para que pudiesen aprovecharse de ellos; finalmente, que el rey de España, al ofrecerles y acordarles su proteccion, no pretendia hacerlos esclavos, pues si se exijia de ellos obediencia y tributo, era mas co-

mo una prenda de gratitud que como en signo de vasallaje. Estas seguridades ofrecidas, y las esplicaciones que las acompañaban si no disiparon del todo en los concurrentes las ideas que se habian formado de una absoluta destruccion y de una sumision directa al rey de España, disminuyeron a lo menos sus temores hasta aparentar quedaban satisfechos de que el mal no era tan grande como se temia. De este modo se prestaron a hacer lo que habrian reusado si al principio no hubiesen temido cosas mayores. El acto de reconocimiento se estendió con todas las formalidades que los Españoles juzgaron necesarias y se usaban entre ellos para dar valor a semejantes instrumentos, y la junta se disolvió despues de haber dado la primera muestra de vasallaje al rey de España con un presente de oro y alajas, el mas rico y cuantioso de cuantos hasta allí habian recibido los Españoles.

Cortes logró por este medio el unico titulo legal, si tal puede llamarse el arrancado por la fuerza y la sorpresa, para legitimar la conquista y usurpacion de la soberania a favor de la corona de Castilla: pero desde este dia se puede decir se declaró la guerra que estalló poco despues entre Españoles y Mejicanos, pues en el, habiendose escapado a cada uno su secreto; quedaron para siempre enajenados los animos, y rotos todos los vinculos afectuosos de una correspondencia amigable. El primero en

quien se advirtió una variacion notable fué Moctezuma; empezó a tratar a Cortes y a los Españoles con reserva y frialdad, alejandolos de su presencia todo cuanto permitian las reglas de urbanidad y era compatible con los aparatos exteriores de una buena correspondencia. Ya no era Cortes el consejero de su intima confianza, y se tomaban resoluciones de importancia sin darle parte de ellas, ni contar para nada con su dictamen, cosa que no se habia hecho hasta entonces. Cuando las cosas se hallaban en esta situacion, un incidente vino a ponerlas en peor estado, Cortes o con el animo de hacer una prueba del grado de influencia que disfrutaba aun sobre su prisionero, o movido de aquel fanatismo religioso que tantas veces puso en el mayor riesgo el exito de sus admirables combinaciones, se empeñó en que Moctezuma abrazase el cristianismo y aboliese en sus Estados el culto de los idolos.

Esta empresa temeraria encontró una resistencia tenacisima en un principe que ademas de ser nimiamente supersticioso, se hallaba ya cansado de hacer costosos sacrificios que provocaban sin cesar otros nuevos y mayores. Irritado el conquistador con la resistencia, y sin acordarse de lo acaecido en Zempoala y Tlascala, quiso apelar a la fuerza, pero aquel pueblo que habia sufrido pacientemente los mayores ultrajes, se puso en armas para defender

su culto. El enojo e indignacion popular estalló por todas partes, y no es difieil adivinar cual habria sido en aquel dia la suerte de los Españoles, si su general no hubiese amainado contentandose con colocar una imajen de la virgen en un nicho del templo mayor. Asi es que esta tentativa imprudente, no solo quedó sin resultado sino que fué muy perjudicial a los Españoles, pues popularizó el odio contra ellos, e hizo patente que podia hacerseles desistir de lo que proyectaban, infundiendoles temor.

Desde entonces se proyectó ya seriamente el desacerse de ellos: Moctezuma tuvo repetidas conferencias y consultas con los de su corte, y es de creerse que no dió un paso sino de acuerdo con ellos. Como quiera que sea, un dia mandó llamar a Cortes y le hizo presente que su mision parecia estar ya concluida, pues habia arreglado todos los puntos de ella y logrado cuanto podia apetecer: que sus pueblos se hallaban resentidos por la intentona contra sus dioses, y recelosos por una mansion tan larga, de que las miras de los Españoles fuesen otras de las que manifestaban: que si el odio popular llegaba a tomar fuerza, el no se creia con la bastante para reprimirlo, y mucho menos cuando se procuraba difundir con pretestos tan plausibles como la prision de su rey y el ultraje de sus dioses: de todo concluyó la necesidad de partir, y acabó por pedirlo